

¡Oh!,... Jacobo se incomodó esta vez de veras, porque jamás le habían refregado por la cara una verdad tan áspera. Contúvose, sin embargo, porque sabía cuán terribles eran las embestidas de Diógenes, y con forzada sonrisa contestó:

--Mira, Diógenes,--la borrachera de ayer te dura todavía.... ¿En qué cabeza cabe sino en la tuya de bala rasa, que fuera yo á venderme á mi mujer por un puñado de duros?...

--Amigo, cuando no dan más en la puja, hay que decir lo del otro gitano del cuento.... Se confesó de haber robado tres pesetas, y el cura le dijo: ¿No te dá vergüenza, infeliz, de condenarte por tres miserables pesetas?....

--¿Y qué quería V. que *jiciese*, si no había más?...

Aquí interrumpió la disputa el Marqués de Villamelón, que entraba restaurado ya por completo de sus desperfectos de la mañana. Al verle Diógenes, cogió prontamente un periódico y púsose á leer junto á la chimenea, en el lado opuesto.

El Marqués fuese derecho á Jacobo, que ceremoniosamente se levantaba para recibirle, y apretándole ambas manos, díjole con grande afecto:

--Adios, Benito. ¿Cómo te va?... Tu siempre tan famoso...

Y con protectora afabilidad, dióle dos cariñosas palmaditas en el hombro izquierdo.

--Dispensa que no viniera á verte ayer, Benito, --prosiguió Villamelón sentándose. Pero en este París, ¿me entiendes? no hay tiempo para nada.... Curra te espera á almorzar. ¿Lo sabes?... A las dos: un poco tarde quizá; pero hoy está de servicio con la Reina. ¿Me entiendes?

Ofendióse la altivez de Jacobo con los aires protectores del héroe del combate *navoterrestre* de Cabo Negro, y quiso declinar fríamente la honra del convite, mas Villamelón le atajó la palabra, diciendo:

--¡Nada, nada, nada!--¿Me entiendes?... No admito excusas, Benito; y Curra se ofendería de muerte. ¿Sabes?... Tiene debilidad por la familia, y lo que es por tí, delira. Siempre está con Benito arriba, Benito abajo....

Diógenes gritó desde su asiento.

--Pero Villamelón.... quiero decir, ¡majadero!... ¡Si no se llama Benito!....

--¡Ay! es verdad, que era.... ¿Cómo era?....

--Jacobo.

--¡Eso es, Jacobo!.... Pues dispensa, Jacobo; pero tengo una memoria infelicísima, y lo peor es que cada día se me va debilitando....

Quejábase con hasta razón Fernandito de su falta de memoria, síntoma fatal á veces, de los reblandecimientos cerebrales. Mas Diógenes, que no perdonaba ocasión de descargar su terrible mandoble, púsose á recitar como si leyera en el periódico:

Hablando de cierta historia,  
A un necio se preguntó:  
--¿Te acuerdas tú?--Y respondió:  
--Esperen que haga memoria.  
Mí Inés, viendo su idiotismo,  
Dijo risueña al momento.  
--Haz tan bien entendimiento,  
Que te costará lo mismo.

Jacobo y Villamelón se miraron entre sí, miraron después á Diógenes, y tornando á mirarse ambos, echáronse á reír, diciendo al cabo Fernandito:

--¿Qué cosas tiene!.... No hay más remedio que dejarlo ó matarlo. ¿Sabes, Benito?....

## VI.

El tío Frasquito no podía ya con las piernas, y esforzábale en vano por discurrir algo parecido á la hazaña de Churruca en Trafalgar, cuando privado también de una de las suyas por una bala de cañón, siguió mandando el combate desde el puente del navío, metido en un tonel de afrecho.

--¡Oh!.... Si aquello le hubiese sucedido á él veinte años antes, cuando en un solo día hizo sesenta y nueve visita<sup>s</sup>

para anunciar el primero aquel famoso casamiento que alis-  
taba en el número de sus sobrinos á Luisito Bonaparte, el  
Conde consorte de Tebal....

Y lo peor del caso era, que cuando á las cuatro de la tar-  
de volvió al *Grand Hôtel*, rendido y desalentado por no ha-  
ber podido enseñar más que á las dos terceras partes de la  
colonia española, la babucha apócrifa de la Cadina, encon-  
tróse con que la trágica historia tenía una segunda parte inte-  
resantísima también, pero pía, devota, sentimental, romántica,  
en que cabía á su persona no solo el papel de cronista,  
sino el de agente poderoso, de intercesor eficacísimo de *ama  
de llaves de la Providencia*, que hubiera dicho Diógenes, en  
el bello final de aquel drama que comenzaba su acción en las  
barbas del Sultán, é iba á terminarse bajo el manteo del P.  
Cifuentes. Acordóse el tío Frasquito de Matilde y Malek  
Adhel, y se sintió enternecido: la emoción le produjo un  
golpe de tos violentísimo, que fue necesario calmar con tres  
caramelos de malvabisco.

Porque Jacobo había acudido á él de nuevo en demanda  
de auxilio y abiértole su corazón hasta lo mas recóndito. Era  
singular lo que por él pasaba, y en vano había intentado ex-  
plicárselo.... La noche antes daba vueltas en el lecho in-  
quieto y desvelado, viendo desfilar en su memoria los treinta  
y tres años de su vida cargados de placeres, de aventuras,  
azares sin mañana, flores sin raíces, gozos sin recuerdo, lo-  
curas sin felicidad que le causaban entonces en el ánimo, la  
impresión de repugnancia que causa al estómago aito é in-  
digestado el recuerdo de manjares sustanciosos.

El tío Frasquito le escuchaba atento y boquiabierto, cre-  
yendo ver apuntar en el corazón apasionado de Malek  
Adhel, aquellos albores misteriosos que trocaron los de Ran-  
cés y Mañara.... Mas de repente, dejando Jacobo el tono sen-  
timental de su perorata, preguntóle en prosa llana donde an-  
daba á la sazón su mujer Elvira.

El tío Frasquito hizo una mueca de disgusto, como si  
viera trocar á Malek Adhel el blanco turbante por el som-  
brero de copa alta, ó le hicieran saltar de una página de  
Mme. Cottin, á otra de la *Guía de forasteros*.

---¿Elvirra?--contestó.... Pues no sé; perro debe de estarr

en Biarritz.... Ayerr dijo la López Morrreno, que la había  
visto.

Quedóse Jacobo mudo y pensativo por un momento, y el  
tío Frasquito, reventando de curiosidad, se apresuró á añá-  
dir muy atento y oficioso.

---Pero si quierres noticias cierrtas, yo conozco á una  
perrsona que puede dármelas.

---¿Quién?....

---El P. Cifuentes.

---¡Hombre!....---¿Conoces tú al P. Cifuentes?....

---¡Ya lo creo!... Si es mi sobrino: hermano de madre de  
la Vegallana.... Es hijo de Tonito Cifuentes, que fué sub-  
secretario de Estado en tiempo de Izturriz, y entró en la  
Compañía cuando....

---¿Pero está también en Biarritz?

---No: está aquí en Parrís; en la *rue de Sévres*.... Desde  
el 68 no ha estado en España sino de paso....

Y con cierto delicado recelo, añadió tímidamente:

---Quierres que lo vea?....

---No....---Quiero verlo yo mismo.

El tío Frasquito brincó otra vez emocionado, viendo ya á  
Malek-Adhel fundando como Rancés una Trapa, ó un hos-  
pital como D. Miguel de Mañara .... ¡Todo, todo iba salien-  
do lo mismo, igual, idéntico que en la *Favorita*!.... Fernan-  
do, *la bella del Re*, Fr. Baltasar.... Faltaba tan solo el con-  
vento, y ansioso él de poner la primera piedra, se apresuró  
á decir:

---Pues te llevarré cuando quierras.

---Mañana mismo.

---Conformes.

Cauto sin embargo el tío Frasquito, y deseando prevenir  
en el ánimo del novicio las deficiencias que pudiera tener en  
su papel de Fr. Baltasar el P. Cifuentes, apresuróse á de-  
cirle que era éste un cuitadito, un infeliz sin pizca alguna  
de mundo, que hablaba *oportune et importune* del infierno,  
pintando unos diablillos feotes y groseros, que en nada se pa-  
recían á los diablillos correctos, perfumados, elegantes, que  
se figuraba el tío Frasquito de frac y corbata blanca, pelo

rizado, gardenia en el ojal, monóculo en el ojo izquierdo, y un lazo de color de fuego en la punta del rabo.

—Porque mirra, la verdad,—prosiguió con aire de íntima confianza. Yo soy muy católico, muy creyente, perro lo que es el clerro, deja mucho que desearr en todas parrtes... No se encuentra un sacerdote que nos conozca bien, que sepa amoldarse á nuestro modo de serr, al modo de sentir de las gentes de nuestro círculo... El mismo P. Cifuentes, el otro día, en el entierro del general Tercena, me dió la tarrde, hijo, me dió la tarrde..... Empeñado en convencerme de que yo me había de morrrir también, y que era menesterr prepararse y pensar en lo eternno.... En fin, hijo, me angustió, ¡me angustió de verrras!... Y cuando lo de Pepita Abando, ¿tú no sabes?..... Estuvo atrozo, atrozo, cruelísimo..... Una muchacha tan buena, tan elegante, tan carrritativa, que nunca tuvo más pasión que Pablo Verrra, y todo Madrid lo sabía y lo sancionaba, y hasta su mismo marrrido se hacía carrgo.... Pues nada, hijo, el P. Cifuentes no se lo hizo: se puso malo Pablitos, y Pepita, ¡clarro está! atropelló porr todo, y se instaló á su cabecerrra. Avisarrron al P. Cifuentes, y éste contestó que no podía entrarr en aquella casa, sin que Pepita salierra primerro.... ¡Figúrate tú, qué exigencia!..... Ella se negó porr supuesto y Pablitos también y porr más vueltas que dierron parra convencerr al santo varron de que era una crueldad separarrlos, y que todo el mundo le criticarrria á ella, abandonarrlo en la última horrra, nada, nada, nada.... *Tétu* como un arrragonés: se metió las manos en las mangas, y dijo que no, y que no, y que no, y lo dejó morrrir como un perro..... Y eso que iban ya á pedir la bendición á Su Santidad, y todo, todo.....

—Te advierto esto,—prosiguió el tío Frasquito, empinando el dedo, porrrque si piensas consultarrle alguna... vocación ó confesarrrte...

—¿Confesarme yo?—exclamó muy ofendido Jacobo. ¿De dónde sacas tú eso?...

—Como decías que deseabas hablarle...

—¿No es el P. Cifuentes el confesor y el director íntimo de mi mujer?

—Sí, porr cierrto...

—Pues lo que yo quiero exigir de él es, que obligue á Elvira á acceder á mis pretensiones.

—¿Perro cuáles son tus prétenpciones, Jacobito?—preguntó el tío Frasquito muy alarmado.

—Una muy sencilla y muy cristiana... Reunirme con mi mujer y olvidar todo lo pasado.

—¡Aaaah... yaaa!—exclamó el tío Frasquito estupefacto y desolado, al ver que la Trapa se quedaba sin fundar y el hospital sin concluir, y el novicio sin tomar el hábito.

Y rabiosillo y enfurruñado de que la leyenda de Malek-Adhel, tuviera el ramplón desenlace de cualquiera comedia moratinesca, dejóse llevar de su espíritu de chismografía hermafrodita, diciendo:

—¿Perro has meditado bien tus pretensiones?

—¿Te parecen acaso imposibles?

—Hombrrre, imposibles no... ¿Perro sabes tú la vida que Elvirrra hace?

—Justamente iba á preguntártelo.

El tío Frasquito hizo dos ó tres visajes remilgados de—reviento si no lo digo—y contestó titubeando:

—Hombre, te dirrré... La cosa es pública... perro yo no sé si debo...

—¿Pues no has de deber, tío Frasquito?—exclamó Jacobo violento y azorado. Yo tengo el derecho de preguntar, y tú si eres mi amigo, tienes el deber de responderme.

—¿Ya lo creo que soy tu amigo, Jacobito! ¿Lo dudas?... Y lo fuí de tu padre, y de tu abuelo... quiero decir, á tu abuelo lo conócí siendo yo una criaturrra.. Perro hay cierrtas cosas...

—¿Pero qué cosas?...—¿Dilas, hombre, dilas!...

—Pues mirrra, Jacobo,—la verdad... Tu mujerrr ha dado mucho que hablar en todas partes...

—¿De veras?...

—Lo que oyes: siento mucho decírtelo, perro es muy cierto... Está *declassée*, hijo, *declassée* por completo. Todo Madrid le ha dado de lado, y sólo se trata con mi sobrina Villasis ¡otra que tal!... Perro si quierrra esta es mujerr de arrranque, y gasta y hace rrrruído...

—¿Pero qué es lo que hace Elvira?...

—¡Horrorrrres, Jacobito, horrorrrres!... Empieza porque desde que se separó de tí, no se la ha vuelto á ver en ninguna parte; ni en un teatro, ni en un baile, ni en la Castellana, ni siquiera un domingo en casa de Montijo... Dicen que está fanatizada... ¡Carrmen Tagle tuvo una doncella que había estado en su casa, y contaba unas cosas!... Siempre detrás de los criados, porque hoy erra día de ayuno, y mañana de Misa, y al otro día de vigilia... En fin, insufrible; ninguno le paraba... ¡Y ella, unas ridiculeces!... Decían que dormía sobre una tarrima, y ayunaba á pan y agua, y á ejemplo de no sé qué varrron piadoso, se disciplinaba con un gato (1).

—¡Qué atrocidad!...—¡Con un gato?... ¡Pero eso es imposible!...

—¡Pues, hijo, así lo aseguraban... No te puedes figurar los que nos reimos una noche en casa de Carrmen Tagla, discutiendo el asunto... Algunos pensaban que el gato estaría muerto: lo que es así, también y me disciplinaba... Lo mismo podía hacerse con un prumerro...

Jacobo pareció tranquilizarse por completo al oír los *horrorrrres* que el tío Frasquito le relataba, y cortóle el hilo del discurso, diciendo:

—¡Bah!...—Si no es más que eso, de mi cuenta corre desfanatizarla.

El tío Frasquito iba á replicar muy disgustado, pero Jacobo le atajó la palabra, preguntándole:

—¡Y como vive Elvira?... ¿Gasta mucho?...

—¡Cál!... Si parece la viuda de un cesante... Está seca, desgavilada; ella que tenía un cuerpo tan airroso, tan elegante... En fin, hijo; un día la ví en casa de mi sobrina Villasis, y me parreció hasta sucia... Como si parrra ser santa, se necesitara serr puerca, cuando el aseo es una virtud que se ejerce con agua fresca y un estropajo... De la casa no te digo nada, porque no la he visto: tres veces estuve allí por curiosidad, y no me recibió ninguna. Perro vive un principal muy modestito, allá junto á las Carbonerras,...

(1) En la vida del V. P. Eusebio Nieremberg se cuenta, que solía disciplinarse con uno de esos instrumentos de garfios de hierro llamados *gatos*, y sin duda á este *gato* y á este varón ilustre, son á los que alude el tío Frasquito.

—Eso no es extraño: la pobre debe andar mal de cuartos.

—¡Cál! no lo creas... ¡Perro tú no sabes?... Si está rica: como que ganó el pleito con la Monterrubio y debe de tener de quince á veinte mil durrros de renta.

—¡Hombre!... ¡Lo siento!—exclamó Jacobo muy pesaroso.

—¿De veras?

—Y tan de veras... Porque siendo ella más rica que yo, no faltarán malas lenguas que atribuyan al interés mi vuelta á su lado.

—¡Oh, no, no, Jacobito, por Dios! ¡Por Dios, Jacobito!... ¡Quien piensa eso... no te conoce!

—En fin, ya lo veremos... Lo que importa ahora es que yo me entienda con el P. Cifuentes.

—Pues si te parece, mañana iremos.

—Sin falta.

El tío Frasquito, resignado con el giro clásico que tomaba la leyenda, convino con Jacobo la hora en que habían de hacer al otro día las trascendental visita, porque el arrepentido esposo quería marchar á Biarritz cuanto antes.

Despidiéronse al cabo protector y protegido, y aquel, para lanzar al público sin pérdida de tiempo la noticia, corrió á ponerse desde luego de punta en blanco, para sus nocturnas correrías, y bajar de seguida á la terraza del Hôtel, donde toda la colonia española esperaba como siempre la llegada del correo.

Pero ni la incertidumbre de nuevas desdichas en la madre patria, ni los mil chismes que por la patria adoptiva corrían, lograron apartar la conversación general de la novelesca historia de la Cadina, cuya apócrifa babucha habían contemplado todos, después de algunas prudentes precauciones que para la *mise en scene*, juzgó indispensables el tío Frasquito. Porque temeroso éste de que algún ánimo suspicaz quisiese en duda lo auténtico de la presea, apresuró-e antes de presentarla á la veneración pública, á frotar la suela sobre el pavimento á fin de que apareciese usada, y á desvirtuar con ricas esencias aquel importuno hedor á zapato nuevo, que la noche antes había despertado en sus narices dudas tan peligrosas.

La Duquesa de Bara no había encontrado todavía oca-

sión oportuna de hacer el análisis crítico de la solemnidad religiosa-política á que había asistido horas antes, y hasta la Sra. de López Moreno, reina destronada de Matapuerca, habíase olvidado por un momento de la honra insigne que al día siguiente le aguardaba. La Duquesa le había anunciado que S. M. la Reina se dignaba recibirla, y á renglón seguido, como quien no quiere la cosa, habíale pedido prórroga para el pago de aquellos piquillos, que hacía varios años le adeudaba.

—¡Pues no faltaba más!..... ¡Lo que V. quiera!—había contestado la generosa acreedora.

Y á renglón seguido también, y como quien no quiere la cosa, había plantado esta estaquita matrimonial, con sonrisa indagatoria:

—Lucy y Gonzalito (primogénito de la Duquesa), encantados de verse juntos... ¡Qué pareja tan mona hacen! . Hoy se han ido al *Skating-Rink*, porque Gonzalo está enseñando á patinar á Lucy...

La Duquesa pescó al vuelo la indirecta, y contestó tan sólo con una fina sonrisa, que encubría este pensamiento:

—Estás fresca!... ¡Cualquier día te cobras, endosándome á la niña por nuera!... ¡Una Duquesa de Bara, née López Moreno! ¡Dios nos asista!

Currita, por su parte, guardaba aquella tarde un solemne silencio, hijo de una rabieta de dos mil demontres, que le bailaba por dentro. Jacobo había desairado su almuerzo con el frívolo pretexto de que necesitaba descansar del viaje, y ella había descargado su ira sobre el indefenso Villamelón, que sentado á su espalda en actitud pensadora, se consolaba de los rigores de su esposa pensando en las musarañas, y distrayendo su imaginación con vivos recuerdos de su visita á los antropófagos.....

Leopoldina Pastor alborotaba por ciento, proponiéndose referir á Octavio Feuillet la historia de la Cadina, para que escribiese un cuento oriental, y lamentándose de que Jacobo Sabadell no apareciese por ninguna parte, aguardándole todos tan impacientes para tributarle el justo homenaje de admiración que su novelesca aventura les inspiraba, tan distinto del frío recibimiento con que le habían acogido la víspera.

Apareció entonces el tío Frasquito, vestido ya de gran gala, cargado de perfumes y de noticias, que como las burbujas el hervor del agua, anunciaba en su rostro una significativa y prolongada sonrisa. La inesperada resolución de Jacobo causó en el auditorio sensación profunda, y cuando el tío Frasquito anunció que el héroe pensaba marchar á Biarritz quizá al día siguiente, dos personas, Diógenes y Currita, no pudieron contenerse.... Levantóse el primero, y fuese derecho al tío Frasquito como si quisiera pegarle, y la segunda, sin que denunciase su violenta ira más que una extraña vibración en su dulce vocecita, comenzó á vomitar injurias y vituperios contra la Marquesa de Sabadell, su muy amada prima, con gran pasmo de Villamelón, que recordaba todavía el sermoncito sobre el amor de la familia, que había escuchado aquella mañana.

La grey femenil hizo coro á los vituperios de Currita, y todos convinieron en que la Marquesa de Sabadell era una intriganta, una beata hipocritona, una mala esposa que habiendo campado por su respeto diez años entre curas y monaguillos, quería ahora oscurecer al pobre Jacobo bajo la tutela del P. Cifuentes, y que era caso de conciencia y obligación imprescindible de todo fiel cristiano, arrancar á la pícarra el antifaz, y advertir al cándido muchacho el lazo que le tendían.

Diógenes, que á mitad del camino pareció hacer de repente el tío Frasquito gracia de la vida, arremetió briosamente contra la hueste femenina, diciendo que era maldición de gitanos—¡en lenguas de hembras te veas!—que quien dijo mujer dijo demonio, y que tan de mala ralea era la casta, que todos, todos los bichos, hasta las chinches—¡Polaina!—eran mujeres.....

Riéronse mucho todas las presentes de la ocurrencia de Diógenes, y éste, más que por darles placer, por machacarles las liendres, contóles que Dios no había formado á nuestra madre Eva de la costilla de Adán, sino del rabo de una mona... (1), Porque aunque este fué su

(1) Este cuento y el siguiente, son antiquísimos cuentos populares en Andalucía, recogidos por el autor é inventados por el gracejo, profundo á veces, de los campesinos de aquella tierra. La sencillez misma de su forma, y lo ma-

primer intento, y tenía ya la costilla en la mano, para formar de ella á la que había de ser causa de tantas desdichas, una mona que le miraba hacer atentamente, arrebatándole de repente el hueso, y echó á correr para esconderlo en su madriguera. Quiso el Señor perseguirla y alcanzóla por el rabo; mas tan fuerte tiró la mona, que el rabo se le arrancó, quedándosele al Señor en la mano. Encogióse de hombros, y dijo:

— Para lo que voy á hacer, lo mismo da...

Y de aquel extraño utensilio, formó á la madre del linaje humano.

Alborotáronse las damas con el cuento de Diógenes, y Currita, pesarosa de haber dejado escapar en la explosión de su ira, algo que le convenía tener muy guardado, apresuróse á seguir la broma diciendo:

— Pues mira, Diógenes, quizá tenga algo de verdad tu historia; porque á mí me contaron con respecto á la formación del hombre, otra muy parecida... Dicen que Dios había criado ya á todos los animales; pero le faltaba todavía crear al hombre, era ya muy tarde y estaba cansado. Entónces, para ahorrarse tiempo y trabajo, cogió al primer animalito que encontró á mano, y le dijo:

— Mira, habla tú.— Y quedó formado el hombre...

Y al decir Currita — habla tú — dió un golpecito con la punta de su abanico en el hombro del Marqués de Villamelón, su caro esposo. Este, interpretó la seña como una muestra de reconciliación, y sonrió satisfecho, dulce y placentero, mientras Currita, inclinándose á su oído, le dijo muy bajo:

— Mira Fernandito..... me parece natural que vayas á ver si ha descansado Jacobo, y que le convides á comer.... Dile que le espero sin falta, porque tengo que hablarle de cosas que le interesan.

Anunciaron en aquel momento la llegada del correo, y Diógenes aprovechó la confusión natural que esto produjo, para acercarse al tío Frasquito, y cogerle sin miramiento alguno por la abierta solapa de su rico gabán de pieles, que

nifiesto de su inocente al par que picarezca intención, excluyen de ellos toda otra idea irreverente.

dejaba al descubierto una pechera inmaculada, en cuyo centro relucía bajo la corbata blanca, una bellísima turquesa celeste como el cielo.

Azoróse el tío Frasquito al verse solo y sin defensa en las garras de Diógenes, y procuró encubrir sus temores acogiéndole humilde, sonriente, cariñoso, llamándole *Perriquito*, y ofreciéndole ricos cigarros que él no fumaba nunca, pero llevaba siempre á prevención para casos apurados. Mas Diógenes, fijando en él sus ojos abotagados por el ron y la ginebra, con el maléfico influjo de la serpiente que magnetiza al incauto pajarillo, le preguntó con muy malos modos después de un imperioso — oye, Frasquito — si era cierto que andaba en compadrazgos con Jacobito.

¡El con Jacobito!... ¡Jesus!.... Pues si justamente era Jacobo una persona que le estaba reventando desde su cuarto, y que sin saber por qué se le había indigestado.... Verdad era que le había pedido una recomendación para su sobrino el P. Cifuentes, y él — ¡claro está! — por salir del compromiso, le había ofrecido una tarjeta; ¡pero en qué cabeza podía haber que fuera él á acompañarle, ni á mezclarse en asuntos de familia, ni á meterse en *tripotages* de mala ley, con un loco semejante?...

Y mientras esto decía el tío Frasquito, iba poco escuriendo, escurriendo su solapa de manos de Diógenes, hasta que libre al fin, abrochóse prontamente el gabán hasta la barba, para poner á cubierto su nivea pechera de cualquier acometida de Diógenes. Este, dejándole hacer, tornó á preguntarle:

— ¿Y cuándo se va Jacobo á Biarritz?...

— Mañana por la noche...

Y con ademán misterioso y tono de íntima confianza, añadió:

— Por supuesto, que Jacobo sólo va allí al olorcillo de los millones de la Monterrubio, que disfruta hoy Elvirra... ¿Y qué harrá ella?... Porque no cabe en cabeza humana que una muchacha tan buena, tan santita, quiera hacer de nuevo *ménage*, con ese Poncio Pilatos....

Diógenes le volvió la espalda sin preguntarle nada más, y el tío Frasquito, gozoso de verse libre al solo precio de

hacer traición á su amigo, corrió á noticiar á Currita que Diógenes tomaba partido por la Sabadell, y á lamentarse con la de Bara de que la policía correccional no pusiera coto, ni en España, ni en Francia, á los desafueros de aquel cínico viejo.

Este, había salido de la terraza por el salón de lectura, y entrando en un gabinete cogió pluma y papel, y con letra inverosímil, púsose á escribir esta carta:

"Mi querida María....."

Aquí se atascó Diógenes, y rascándose la nariz con el cabo de la pluma, quedóse perplejo, hasta que añadió por fin al encabezamiento esta reverente coleta:

"muy respetada: Mañana sale de aquí para esa el perillán de Jacobito Sabadell, que lleva las de Cain, pues trata nada menos que de inventar una reconciliación con su pobre mujer Elvira. Anda huido de Constantinopla, donde ha hecho no se qué atrocidades, y por lo visto ha olido que Elvira tiene dinero, y quiere ahorrarle el trabajo de guardarlo. Mañana, antes de salir, tendrá una conferencia con el P. Cifuentes, en que *Francesca di Rimini*, le servirá de tercero...."

Aquí notó Diógenes que la concordancia era vizcaina, y añadió:

"ó de tercera. Te advierto todo esto, por si puedes hacer algo por esa pobrecita, que será capaz de entregarse atada de pies y manos al bribón de su marido, si no hay alguien que la aconseje. Si sirvo yo para algo, incluso para romperle un esternón á Jacobito...."

De nuevo se detuvo Diógenes dudoso, por no saber á punto fijo si Jacobo podía tener uno ó más *esternones*, y dispuesto sin duda á romperle cuantos tener pudiera, prisiguió al cabo:

"Avísame y ahí me tienes. Yo sigo tan campante con mis sesenta y dos á cuestras, caminito, caminito de esa cama del hospital que tantas veces me has pronosticado. ¿Llegará en el sesenta y tres?"

Y dando con esta pregunta por terminada la carta, firmóla como Antonio Pérez las suyas à Milady Richs.

"Perro desollado de vuestra señoría, *Diógenes*."

"P. D.—Un beso á Monina."

Y aquí se detuvo otra vez perplejo, meneó lentamente la gran cabezota, y su rostro granujiento tomó una expresión indefinible de ternura y de tristeza.

Aquella Monina, bellísima criatura de cuatro años, ídolo de su corazón, por un fenómeno semejante al que hace á los grandes perrazos encariñarse con los niños, que le tiraba de las patillas y le hacía andar á cuatro pies guiándole ella por una oreja, había rechazado un día un beso de sus aguardientosos labios, diciéndole con infantil repugnancia:

—¡No... que apesta!...

Y Diógenes, el cínico Diógenes, que se burlaba de la opinión del mundo entero, y hacía gala de revolcarse en los más inmundos lodazales, sintió ante la repugnancia de aquel ángel, que una gran vergüenza invadía su corazón y subía hasta su frente, tiéndola de carmín, y asomaba á sus ojos llenándolos de lágrimas.... Por tres días enteros estuvo sin beber una copa; al cuarto rindióle el vicio otra vez, mas jamás volvió á besar á la niña.

Y entonces, á tan gran distancia del bello angelito, creyó faltar á su propósito escribiendo en aquella postdata la palabra *beso*, y borrándola con grandes tachaduras, puso en su lugar:—"A Monina, que le llevaré un muñeco que dice papá y mamá."—Después escribió en el sobre:

*Madame.*

M.<sup>me</sup> LA MARQUISE DE VILLASIS.

*Villa Maria.*

*Biarritz.*

## VII.

El capricho de una soberana hizo en poco tiempo de un villorrio olvidado, uno de los centros más á la moda, entre los semidioses que regulan sus costumbres, su lujo, sus nece-